

Citación bibliográfica: CASTILLEJA, Diana y BAK, Laura. «Andrea Jeftanovic: De los agujeros negros a la palabra». *América sin Nombre*, 30 (2024): pp. 280-299, <https://americasinnombre.ua.es/article/view/25806>

Andrea Jeftanovic: De los agujeros negros a la palabra

DIANA CASTILLEJA

Vrije Universiteit Brussel y

UCLouvain Saint-Louis - Bruxelles, Bélgica

 <https://orcid.org/0000-0002-9679-2617>

LAURA BAK

Universidad de Utrecht, Países Bajos

 <https://orcid.org/0000-0002-0087-4467>

Introducción

No se escribe con una sola voz, tampoco con una sola verdad. Hija y nieta de migrantes, la escritora chilena Andrea Jeftanovic ha hablado con nosotras sobre la experiencia de escribir como descendiente de exiliados. Ordenar lo que no se dice, reconstruir los olvidos, recopilar historias en otras lenguas, rescatar los momentos alegres, son texturas diferentes muy difíciles de unir con una sola hebra. El producto de su escritura es una suerte de cartografía cambiante que manifiesta la experiencia de quienes crecen en un territorio extranjero para sus padres. Una escritura de múltiples dimensiones que, lejos de tener pretensiones de reconstruir la vida de sus antepasados, surge como respuesta a esas pérdidas catastróficas. La réplica no puede ser otra que la reinención, la imaginación y la ficción.

Andrea Jeftanovic nació en Santiago de Chile en 1970. Su padre nació en la Ex Yugoslavia, país que perdió dos veces. La primera, en su infancia un abandono forzado para escapar de los nazis que perseguían a los serbios antifascistas. La segunda, tras la disolución de Yugoslavia. Su abuelo materno, por otra parte, dejó su Sofía, su ciudad natal para escapar de la persecución nazi a los judíos. Ambos llegaron a



Chile donde se asentaron y donde luego vivieron un horror semejante al de aquel que habían creído escapar. Socióloga y doctora en Literatura hispanoamericana de la Universidad de Berkeley EE. UU., narradora, ensayista, docente, es autora de *Escenario de guerra* (2000), *Geografía de la lengua* (2007), *No aceptes caramelos de extraños* (2011) y *Destinos errantes* (2016), *Conversaciones con Isidora Aguirre* (2009), *Hablan los hijos* (2011) y *Escribir desde el trapecio* (2017)¹.

Jeftanovic escribe uniendo múltiples dimensiones, temporalidades y espacios. De todos tiene fragmentos, raíces o mapas que vislumbran un camino, pero ninguno es total ni definitivo. Ahí es donde, como ella lo comenta, las licencias de la ficción y de la imaginación, así como el papel hermenéutico, muy heredado de su ascendencia judía y su formación como lectora, son herramientas y actos definitivos. Es una manera de escribir creando otra dimensión, otro género literario, reinventando, volviendo a decir lo que ya se dijo, conectándolo y construyendo puentes sobre los abismos que son demasiado grandes para atravesar. Con esa certeza tan definitiva de que no hay ni se busca reproducir ninguna narrativa que pueda tomarse como verdadera o última.

En la escritura de Jeftanovic nos encontramos con dos hilos que constituyen la cartografía que ella construye mediante la palabra. El primero de estos hilos es el judaísmo tanto en el aspecto cultural, religioso y lingüístico, como en la interpretación y la cercanía que tienen con la palabra. Una manera de leer, de exégesis, no solo de textos sino de la realidad misma y de los vínculos que se forman en ella. Dentro de esta tradición la palabra no es solo el medio de comunicación, es la historia y la tierra de su pueblo. El exilio y la dispersión se superan mediante la repetición y la hermenéutica de sus textos.

El segundo hilo refiere a una concepción y experiencia particular en relación con el espacio, como lo es el desmembramiento de una nación en otras naciones. Esta experiencia –que no es extraña en Europa–, supone una relación compleja con el espacio, pero más aún con sus representaciones como la cartografía. No poder localizar una nación en el mapa, vivir los conflictos que condujeron a la Guerra de los noventa hace que la mirada sobre el espacio cuestione cómo se habla de él y cómo se habla de la relación de los seres humanos con su tierra. Jeftanovic prescinde de las verdades absolutas y de los orígenes pues sabe bien que detrás de cada historia hay muchas más.

1. Sugerimos consultar la página de la escritora Andrea Jeftanovic: www.andreajeftanovic.com.

Entrevista: la transmisión intergeneracional de un sentido de pertenencia

¿Cuáles y qué tipo de historias sobre (la ruta hacia) el lugar de origen le son transmitidas oralmente? ¿Quién o quiénes le contaron las historias y a qué generación pertenecen los «contadores» de historias? ¿Qué papel jugó el silencio en estas historias?

«Las historias contadas fueron narradas de un modo muy fragmentario. Ahí me ha hecho sentido lo propuesto acerca de posmemorias, según la teórica estadounidense Marianne Hirsch². En el sentido, que la segunda generación tiene la misión de atar cabos sueltos. Porque por una parte heredé algo más claro como las historias orales, los ritos, pero luego quedó mucha información susurrada en entrelíneas. Porque en ese proceso de transmisión faltan referentes en la cadena del recuerdo, hechos que se bloquearon porque se querían omitir o que no se tradujeron bien, y de alguna forma las nuevas generaciones buscan o inventan ese eslabón perdido. Entonces, quizás se escribe, al menos en mi caso, y creo que en más autores, como respuesta a esa pérdida catastrófica para completar ese vacío, para no dejar que la explosión arrase y nos quedemos sin conceptos, sin palabras, sin memoria intergeneracional. Entonces, la respuesta a la pérdida catastrófica es la imaginación para sostener un relato vital.

Pero, había una serie de «agujeros negros», como yo los llamo, lo puse así en un ensayo³, y apunta a que, generalmente los inmigrantes o la segunda generación que vive algo traumático (una dictadura, una revolución o una guerra), tiene que investigar, explorar en ese agujero negro, –como el agujero negro astronómico lleno de materia por comprender en sus efectos–. Y creo que ahí es cuando se apela a la imaginación histórica, a la imaginación ficcional. Entonces, claro, fue una transmisión fragmentaria porque hay vivencias dolorosas que se guardan o que dan vergüenza. Cuando hay cosas complicadas, por ejemplo, humillaciones que nadie quiere contar. O sentimientos encontrados, ambivalencias, traiciones. Siempre queremos tener una versión más heroica de nosotros mismos, de nuestra familia. Por supuesto que hay matices grises. De modo que todavía siento que es una historia incompleta, además que hay algo que me complejiza, yo vivo muy lejos, yo vivo en Latinoamérica, pero intento ir seguido para hacer un trabajo de archivos, de lugares, de conversaciones y seguir pensando, cotejando.»

2. Se refiere a Hirsch, Marianne. *The Generation of Postmemory: Writing and Visual Culture After the Holocaust* (2012).

3. El artículo al que refiere es: Jeftanovic, Andrea. «The Landscape of Catastrophic Loss.» *Nashim: A Journal of Jewish Women's Studies & Gender Issues* 39 (2021): 92-108. muse.jhu.edu/article/846079

¿Cómo fue su vida familiar en referencia al cruce de raíces inmigrantes y las memorias que heredaste?

«Tuve formación multicultural en una casa interreligiosa, como muchas veces lo he dicho, participé de ritos de tres religiones distintas. Siempre combinando las tradiciones judías y serbioortodoxas, cercanas en fechas. Como la tradición del tronco, el Cagatío, que golpeas y pone los regalos. Sí, las tradiciones, sobre todo con las comidas. Son recuerdos felices, las partes infelices las entendí después. Los recuerdos felices de los veraneos, los buenos recuerdos, creo que sí me los transmitieron.»

Sin embargo, a pesar de esos «agujeros negros», recupera esas historias.

«Me permito también las licencias de la ficción, de la narrativa (risas). El arte es una forma de desafiar tus circunstancias, permite estar abierto a nuevas configuraciones del mundo. Me gusta pensar que la escritura tiene que ver con lo que está detrás de la escena, con el ejercicio de la hipótesis, con eso de «que hubiese pasado si». Porque cuando intentamos razonar, evocar, articular un orden secuencial se desliza el azar, el error que nos entrega hallazgos y revelaciones. La literatura puede ser descrita como la inscripción de lo singular: existencia, acontecimiento, circunstancia.

Y cuando se proviene de experiencias complejas es necesario bucear en las palabras hasta conformar un diccionario emocional. Pero quizás se requiere tiempo/distancia histórica para que de algún modo las personas encuentren sus propias palabras, una sintaxis personal para narrar la catástrofe. Y esa distancia la tienen los integrantes de la segunda generación de quienes han vivido la catástrofe de forma directa. Entonces, tal vez, se escribe para no dejar que la explosión arrase con todo. Una escritura que no es solo para lamentarse de la tragedia sino para retomar el impulso vital, o para comenzar una segunda vida.

O bien, hay otra imagen sugestiva, pensar la memoria post catástrofes como un ejercicio que trabaja alrededor de «agujeros negros» y ocurre que, si nos paramos frente a uno de ellos, está el abismo y para resistir aquel vértigo se inventa, se ficcionaliza. Me gusta la idea de la ficción como un intento de dar sentido al vacío que dejan las catástrofes. Entonces, alrededor de la catástrofe histórica estaría el colapso, y sus efectos se podrían visualizar en los cuerpos celestes que son los supervivientes y sus genealogías. De este modo se hace memoria desde los efectos visibles en el presente que nos empujan a interrogar las circunstancias e identificar las discontinuidades. Porque se inventa un cuento/relato que sirva de memoria, porque si hay un vacío, se conjetura una hipótesis frente a la necesidad personal de desplegar historias alternativas a las oficiales... Todo estalla en un lugar que no vemos, solo distinguimos cuerpos celestes que sueñan palabras como un deseo de origen y de voluntad.»

¿En su casa estas historias orales estaban presentes? ¿Se contaban o se mantenían en silencio?

Luego del silencio preliminar alrededor de las catástrofes, se ha visto en la historia de la literatura que ha explotado la imaginación de numerosos escritores de primera y segunda generación, de la que me siento parte, que indagan en esa acumulación de ruinas sobre ruinas. Por otra parte, en la ficción podemos nombrar/imaginar lo que ocurrió; o bien, podemos ir más allá de nuestros límites y de nuestra biografía. Un proceso que se hace de recuerdos difuminados y omisiones. Un ejercicio por reconocer o capturar una porción de ese material que se fuga. Escribir es, quizás, intentar colmar ese agujero con material personal que permitirá recorrer historias, y, claro, siempre con una buena cuota de fracaso.

Mi «agujero negro» se compone de un padre, nacido en la ex Yugoslavia, que de niño tuvo que dejar su tierra natal, luego que soldados nazis tomaran a su propio padre en la persecución a los serbios antifascistas. Luego, hay un escape contra el tiempo a Latinoamérica. Y, por otra parte, de un abuelo materno que partió de Sofía, Bulgaria, para escapar del hambre y la hostilidad hacia los judíos en los años 30 en busca de «hacerse la América». Fue un itinerario en barco, duro, largo, accidentado; sé que en el camino perdieron a un hermano en tierras peruanas. Otros, se quedaron en Montevideo, y, tres de ellos, llegaron a Santiago de Chile. La vida de estas familias inmigrantes, por desplazamiento forzado, fue la de llegar de allegados a casas de otros parientes o de amigos de la misma comunidad en barrios populares de un Santiago antiguo. Luego, la de salir a trabajar a la calle, la precariedad y la del estudio de los hijos en escuelas públicas para que se insertaran en esta nueva patria.

Y, luego, las memorias traumáticas de mis antecesores se cruzaron con el hecho de habitar la dictadura militar en Chile, entre los años 1973 y 1989. Fui una persona que vivió, como niña y adolescente, bajo la dictadura de Pinochet, donde se superpusieron a los recuerdos de sus guerras de mis antecesores, las imágenes de armas, torturas, centros de detención, soldados en las calles, amedrentamientos, helicópteros sobrevolando la ciudad. Y quizás, pienso, he dicho, que escribo para decir todo eso que fue callado en esos años.

De este modo, mi inscripción identitaria fue a una genealogía dañada. Colisionaron en mi herencia historias de persecuciones, ciudades en estado de sitio, miedo, hambre, soldados y tanques por las calles, salidas intempestivas, viajes penosos a destinos desconocidos. Despojados de modo forzado de sus raíces... Pero al mismo tiempo, cuando escribo, no estoy escribiendo la historia de mis padres, o sobre las víctimas adultas de la dictadura, no puedo. Tal vez estoy escribiendo la respuesta a una pérdida catastrófica y la respuesta fue la reinención.

Pero había algo más, había un lenguaje dañado. Tanto las historias difíciles de mi abuelo como la de mi padre circulaban en otro idioma. Cada vez que hablaban de su pasado con sus familiares adultos era en serbocroata o en ladino, respectivamente.

Cuando esos sonidos extranjeros se sumaban a la banda sonora de casa, sabía que estaban hablando de eso que no era recomendable que los niños escucharan. Hablaban con otro tono de voz en su lengua materna, más rudo o soltando carcajadas disruptivas para el ambiente. Bebían *šljivovica*⁴ celebrando la muerte de Tito, mientras decían «*drobo, drobo o rat, mir*». Siempre me preguntaba qué dirían en esos sonidos, qué secretos guardaban, qué penurias escondían. Tardé años en aprender ese idioma y luego nombrar, en castellano, los hilos de su laberinto.»

¿Cuáles son las historias transmitidas por escrito? ¿Cuáles son los textos que constituyen la «biblioteca familiar» a través de la cual se construye el imaginario del lugar de origen? ¿Cómo contribuyen a la transmisión de una imagen de dicho lugar?

«En lugar de hablar sobre vínculos sanguíneos, en mi caso híbridos y contaminados, pienso que mi relación con el judaísmo ha sido de vínculos textuales. Mi acercamiento inicial al judaísmo fue por la literatura, por las lecturas de autores judíos o de la tradición talmúdica, en los que una y otra vez se enhebran reflexiones a partir de la destrucción y la catástrofe. Los judíos muestran una serie de textos en los que se constata la pérdida, el desplazamiento forzado en medio del deseo de permanencia.

Es la insistencia de retomar una genealogía interrumpida cuyo hilo conductor ha sido la recreación de la memoria judaica en torno a las diásporas y, en la era contemporánea, al Holocausto. Sin embargo, es un relato colectivo que no podría representarse como una línea continua sino como una serie de discontinuidades cuyo espacio más amplio sería el acto de recordar y escribir. En un ejercicio en el que, como apunta Cánovas, «el árbol genealógico y el álbum de familia son fundamentales; y el mirar hacia atrás, una constante. Chile se ve allí como una casa donde aparecen confundidos el refugio y el desarraigo». La herencia es una deuda, deuda que se contrae con sus antecesores. La herencia es un proceso de lectura e interpretación de un mandato. Se desajusta y desarticula. La herencia estará adherida, se reactualiza en el presente, en la nación, en la familia, en las relaciones, en la comunidad. El legado tiene fisuras, agita lo inmóvil, indica las fallas, los hundimientos, desviaciones. Hay que reírse de la solemnidad del origen. Saltos de la historia: Imponer otra dirección al texto, reescribir desde la infidelidad/traición como posibilidad de dejar lo solemne y ver los claroscuros.

Al mismo tiempo, la memoria, con sus recuerdos y omisiones, es un proceso colectivo. Todo creador está poniendo sobre la mesa una versión de la historia, entre otras, que se escuchan y arman en una construcción coral de registros y perspectivas trazando un arco. El resultado es un proceso plural de ensamblaje de recuerdos y archivos personales que dialogan. Eso da origen a un gran texto judío que es un

4. *Šljivovica* es un aguardiente (*rakija*) frutal, generalmente de ciruela, conocido por su intensidad. Es especialmente popular en Croacia y en los países vecinos

caleidoscopio con múltiples puntos de vista. Un texto con superficie poliédrica que ayuda a dimensionar, comprender los orígenes y efectos de la catástrofe. Porque a veces las catástrofes íntimas se cruzan con las catástrofes colectivas, y pienso en esa fecha del calendario judío, *Tisha Ve Av*⁵, como una fecha que conmemora una serie de catástrofes históricas para el pueblo judío. El término catástrofe se refiere a un suceso fatídico que altera el orden regular de las cosas. Puede ser una catástrofe natural, como un terremoto, o una causada por el ser humano, como lo han sido las guerras y los atentados.

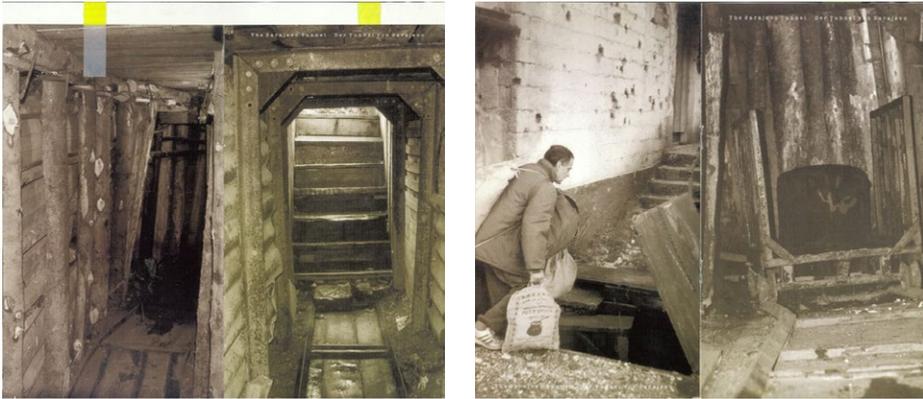
El vínculo textual quedó cristalizado, para mí, en la ceremonia de *Bar Mitzvah*⁶ de mi hijo Milan, cuando el joven adolescente debió entregar una interpretación del fragmento, de la Torá, ese comentario llamado *drashá*, que era asignado la fecha de su ceremonia. En ese proceso, aprendimos, como familia, que debemos leer un texto original e interpretarlo, y que la interpretación es infinita; que hay tantas interpretaciones como los lectores que se acerquen a ese texto.

Hace poco entrevistaban al filósofo George Steiner y le preguntaban qué es un judío a lo que él respondió: «Un judío es un hombre que, cuando lee un libro, lo hace con un lápiz en mano porque está seguro de que puede escribir otro mejor». Ese deseo por supuesto está en todos los seres humanos, más allá de su etnia o creencia, de intervenir su historia, su narrativa familiar y colectiva.

Para mí han sido muy importantes los archivos familiares. La verdad que casi, lo único que heredé de mi familia, fueron cartas y archivos, documentos oficiales. Los inmigrantes pierden rastro y pierden pertenencia, pierden viviendas, no hay bienes raíces. Uno, porque se vienen por la pobreza, y otro, porque les tocó la persecución nazi. Después fue Tito que, a través del comunismo, expropió todo. Entonces lo único que heredamos fueron documentos y tradiciones. Tengo documentos legales, que, de hecho, a veces he intentado tramitar o he usado, más bien, para algo literario. Lo otro interesante es que son archivos en otra lengua, entonces, he necesitado de traductores. Y, además, hay algo que ocurrió en la región y es que supuestamente, nosotros éramos yugoslavos, y claro pasa la guerra de los 90 y quedamos escindidos. Y claro, Yugoslavia ya no existía.

5. Dentro de la tradición judía, *Tisha Ve Av* o *Tishá B'Av*, se conoce como el día más triste en el calendario hebreo. Su nombre hace referencia al noveno día (*Tisha*) del mes hebreo de *Av*. Es el principal día de ayuno y abstinencia del judaísmo rabínico. En esta fecha se conmemoran algunas tragedias para el pueblo judío: la emisión de un decreto prohibiéndoles la entrada a la Tierra de Israel, la destrucción del Primer y Segundo Templo, el día en que Moisés destruyó las *Tablas de la Ley*, la revuelta de Bar Kojba que culminó con la destrucción de la ciudad de Betar, la última ciudad judía que quedaba en pie en el Imperio romano.

6. El *Bar Mitzvá* para los hombres o *Bat Mitzvá* para las mujeres es una celebración que se lleva a cabo cuando los niños cumplen trece años y las niñas doce. Dentro de la tradición judía, éste es el momento en el cual dejan de ser niños y se convierten en jóvenes con todos los derechos y obligaciones de los adultos. Dejan de ser judíos solo porque sus padres lo son, y pasan a ser judíos por propia convicción.



El Túnel de Sarajevo.

Mi novela, *Escenario de guerra*, trabaja un poco ese acto de ir al origen y de las casas derrumbadas en los bombardeos. Luego descubrí el túnel de la guerra; fungía como corredor humanitario que podía haber en una situación tan desastrosa como la Guerra de los Balcanes.

Ahora, lo que estoy viviendo, que es más reciente, son dos cosas. Uno, que la novela *Escenario de guerra* ahora está traducida al inglés y me empezó a contactar gente de la zona, porque mucha gente no lee castellano. Mucha gente de los Balcanes se fue a vivir a Estados Unidos, entonces, por ahí muchas personas me han entregado archivos digitales, compartiendo anécdotas que es muy lindo. Me han enviado mensajes diciendo «oh, yo tenía la foto», «eres la descendiente de tal familia... Tengo una foto de tu tío». Me han ido llegando archivos, físicos y digitales de familiares. Después, me pasó algo muy curioso. Este diálogo ha generado que, probablemente, postpandemia voy a viajar de nuevo a los Balcanes, pero a encontrarme con personas que tienen claves. Como les decía, hay bastante inmigración. Mi forma de reconstruir ha sido heredando papeles azarosos. De hecho, me he enterado de cosas que nadie me contó. En esta búsqueda, en estas traducciones.

Por otra parte, un grupo de investigadores me contactó para formar un grupo de los Balcanes y Latinoamérica: vínculos sociales y culturales, en el marco de Clacso, que han motivado encuentros, investigaciones, etc.

Dado que son papeles que no estaban en su casa de antes, en su casa familiar, en esta historia también se incluye su búsqueda y el traerlos a su casa actual.

«Entender los cabos sueltos. Por ejemplo, por un título universitario sé que alguien estudió en Austria y sigo la pista. Estoy haciendo el seguimiento de esa genealogía interrumpida por la violencia. Aquí en mi casa tengo que empezar a digitalizar todo

porque es una caja con todos los archivos. Unos están en inglés, otros en castellano, la mayoría en serbocroata.

Por eso creo que la escritura ha sido mi hogar, mi espacio de pertenencia. Porque entre más comprendes la naturaleza de la escritura, comprendes que como individuos no debemos aceptar pasivamente la arbitrariedad del lugar y las circunstancias en las que nacemos y heredamos. Que quizá lo que nos distinga, de otros seres vivos, es la posibilidad de nombrar nuestra herencia y reformular nuestro destino.»

¿Recuerda los libros que había antes en su casa? ¿Libros suyos que forman parte de su exploración, de sus raíces?

«Claro, primero estaba Elias Canetti, el filósofo y escritor búlgaro. La lengua absuelta me marcó. Autores del Holocausto como Leon Uris y Primo Levi. Luego en la zona de los Balcanes, Danilo Kis y el libro de Ivo Andrić, *Un puente sobre el Drina*, es un clásico. Luego, se sumaron Cynthia Ozick, Clarice Lispector, Myriam Moscona, Margo Glantz, David Grossman, Amos Oz, etc., tantos y tantas.

Y también fueron importantes libros de folclor, libros de viajes como esos que tienen mapas físicos ¿se acuerdan de los mapas físicos, geopolíticos que ya están obsoletos? Guías de Yugoslavia con una guía de las carreteras porque mi padre intentaba viajar cada cuatro años. Después, cosas familiares, discos, tengo muchos álbumes. Tengo una caja que también voy a empezar a digitalizar. Y fotos, fotos de 1912, diapositivas. Tengo que conseguir quién me puede pasar esas tecnologías antiguas... esas cintas flexibles anteriores a las super 8. Tengo mucho trabajo que hacer.»

Además de los objetos, ¿cuáles son esas maneras alternativas por las que llegan las historias?

«Por cartas a otros, pero no dirigidas a mí. Correspondencia ajena. Las correspondencias son privadas, pero cuando los remitentes y los destinatarios van muriendo, quedan las cartas y las van heredando las siguientes generaciones. Decía que tengo cartas de 1940 o anteriores, incluso. Yo no existía ni nada de mis circunstancias estaba en los planes. Entonces, leyendo esas cartas, las he tenido que traducir, —como les decía—. Después del año 1955 en adelante empezaron a escribir en castellano, se nota que se hicieron bilingües. Pude entender esta historia familiar, cartas entre tíos que nunca conocí, pero que, de algún modo, ayudan a la construcción genealógica. De eso tengo muchas carpetas, hay una parte que va más lento por el tema de la traducción, porque dependo de otros. También encuentro artículos de prensa que recortaron o que guardaron. A través de las cartas aprendí mucho, cosas que los adultos comentaban. Sobre estos niños, sobre lo que les había pasado, palabras, aunque ellos no tenían las palabras para definirlo.

Leer libros de historia también me ha ayudado. Aparte de literatura, adquirí y heredé libros históricos de los Balcanes, de la época de Tito, hasta del Imperio Turco Otomano. Pero todo está muy incompleto, yo no soy historiadora, entonces tengo que hacer un enorme esfuerzo para comprender las referencias geopolíticas... todo es más distante.

Sobre las propiedades, tengo los papeles de bienes raíces, los roles, como cuando una propiedad tiene un número, una hoja oficial, eso también lo tengo. Cuentas, datos numéricos.»

Sobre la reconstrucción, menciona que las cartas le hablan porque reconstruye sobre la base de estas cartas, de esos fragmentos. Es una manera muy especial de decir «cartas no dirigidas a mí», son cartas de su familia, pero no dirigidas a usted. Es fenomenal decirlo así (risas).

«Porque son muy privadas. Por ejemplo, hay una serie de cartas sobre mi padre con su mellizo, que tenían un pésimo comportamiento, entonces aludía todo el tiempo a lo conflictivo, después los llevaron a un internado. Hay bastantes periodos bien negros de esta abuela que tuvo que criar a estos hijos sola, estos dos demonios, como parece que eran (risas). También entendí esto que pasó en Europa, muchas recriminaciones de por qué no se habían ido antes. ¿Qué sacaban si ya el régimen nazi había penetrado tantos sectores de Europa? Que se arriesgaran de más, entendí que a veces hay que tener ideales, pero evaluar los riesgos. Entendí un poco a dónde habían llevado a este abuelo. En esos momentos me contacta una historiadora, por las redes sociales y me cuenta que su abuelo estuvo con el mío en el mismo campo de concentración de Jasenovac, actual Croacia, Murieron, más o menos, en mayo del 42. Esta información ha sido algo reciente. Hay tanto azar y magia. No tengo ningún mérito, pero ocurre que mi familia fue querida, fundadora, entonces se estudia dentro de los procesos de la nación e identidad. Ella me está ayudando, me ha enviado muchas cartas, hemos tenido encuentros por Zoom, ella vive en Grecia ahora y pronto nos vamos a encontrar en Atenas.»

Parece que no es una búsqueda muy solitaria, cerca o lejos de usted hay muchas personas que de alguna manera u otra ayudan a redescubrir la historia. Es algo muy comunitario.

«Sí, sin planificarlo se ha transformado en algo muy acompañado, una cosa medio coral, colectiva, como de *puzzle*, rompecabezas que voy armando con las voces y archivos de otros. Siempre se genera nueva información cuando yo pensé que nunca más sabría algo nuevo. Y esto abrió una serie de variantes porque mucha gente me ha escrito, me ha complementado datos de cosas a las que no tenía acceso. Es muy conmovedor, todas estas personas me contactan con cariño, con cercanía, con hermandad.»

¿Qué eventos, costumbres o rituales de la vida judía tales como platos rituales o celebraciones colectivas se asocian en su familia al imaginario de la casa?

«Recuerden mi hibridez cultural, por el lado materno, el lado judío sefaradí, todas las otras fiestas que son millones (ríe), *Yom Kipur*, *Janucá*, yo hacía todas. Me encantan los rituales, de hecho, de otras culturas, cuando vivía en Estados Unidos iba siempre al año nuevo chino en febrero, en San Francisco con una comunidad china enorme. O también iba a *Thanksgiving*.

Pienso en los mayores, o sea, mi tía mayor, mis abuelos maternos, judíos, que en las fiestas evocan de nuevo ese relato, que esa fiesta se hace así o asá, qué significa cada cosa: la copa de vino, el pedazo de pan de matzá, por qué determinadas verduras; todo tiene un significado. Y por el lado paterno ortodoxo, estaban las tías mayores y mi papá también y se celebraban otros ritos. Y fui creciendo entre gente que hablaba castellano, pero también escuchando otras pistas de sonido, gente que hablaba ladino, gente que hablaba serbio.»

¿Podemos entender que los clubes o las asociaciones, en tanto que elemento comunitario, contribuyen a prolongar la memoria cultural que se transmite en el hogar?

«Son como círculos concéntricos quizás. Porque el hogar es, claro, el espacio donde uno habla de esta formación identitaria. Con lo más cercano en la infancia, este lugar como fundante, momento más bien como fundante y la familia más próxima. Cuando la gente está viva, son muchos más tíos, más abuelos. Lamentablemente pasó el tiempo y fallecieron. Los miembros de ese grupo tendrían ahora más o menos cien años y ya estoy más lejana a esas instituciones que reforzaban esa identidad diaspórica.»

Volviendo a la idea de la comida ¿se transmiten las recetas, se comparte la preparación del platillo a nivel comunitario? ¿Esto también forma parte de esta tradición para mantener viva la memoria histórica?

«En mi caso, ayudaba, veía y comía sobre todo (risas). Confieso, para mi pesar, que no tengo talento culinario. No tengo paciencia, pero tengo buena memoria y disfruto la comida. Las comidas en casa de mi abuela materna eran horas y horas de preparación infinitas como los huevos jaminados que se comen en *Pésaj*. También, hay un libro de recetas escrito a mano. Otro, se llama *Jarose⁷*, lo hacía mi abuela. Era increíble. Es una mezcla de nueces con manzana, es como una pasta que simboliza cuando se escapó Moisés de la esclavitud, cómo pegaron yo no sé qué cosa.

7. El *Jarose* o *Jaroses* es un alimento dulce, de color oscuro, y aspecto pastoso que se sirve durante el *Séder de Pésaj*.

Era como para pegar una construcción. Después el pan ácimo⁸, el matzá, pan sin levadura que también se hace en casa a veces.

Los guisos en general, en eso, me imagino, nos parecemos a los españoles. Los sefaradíes que vienen de España hablan de cocidos. Son unos guisos que también tienen algo de Medio Oriente, el uso de las berenjenas, de los pimentones. Estas comidas con cosas pequeñitas, medio asadas, con muchas capas. Hay uno que se llama «mina», es como un budín de hojas, como masa de hojas con espinacas, con ricota, tenía champiñones. Es una comida que comen los sefaradíes».

¿Hay canciones, piezas de música, melodías fragmentarias cuyo sonido o letra contribuye a la transmisión del imaginario del lugar de origen?

«La música de los Balcanes, la sefaradí y la israelí.»

¿En su casa hay objetos que la reenvían al lugar de origen? ¿Cómo contribuyen a la construcción del imaginario del lugar de origen?

(Andrea se levanta y baja una caja llena de carpetas) «Esta es una caja de las que estaba ordenando. Entonces, imagínense. Miren la letra, antigua. Por ejemplo, esta está a mano y es de 1952. Lo único que puedo leer es: «Dragi moje Neno». Mi querido Neno, que es el hermano gemelo de mi padre y ahí se ve serbocroata, pero las ordené. Después ordené las que eran de tal y tal persona. Y así. Ésta es una de las tantas cajas. La pandemia me ayudó a tener un poco de tiempo. Y, aparte, encontré documentos como oficiales, propiedades, pero lo más interesante fue lo afectivo, obviamente. Entender «¿qué es esto?».

Cuando llevé las cenizas de mi padre a Croacia, los restos de su hermano también estaban en la isla Brač, entonces dije «los dos hermanos nacieron juntos, entonces que estén juntos muertos» y ahí encontré los papeles de mi tío y me los traje. Entonces ahí estoy desentrañando papeles ajenos.

A esto se unió que, por azar, un señor de noventa y dos años apareció en la televisión de Sarajevo. A través de las redes supe lo siguiente. El señor se llama Moris Albahari y en un canal de tv de la ciudad dijo: «yo tengo noventa y dos años y yo tengo el reloj de la familia Jeftanovic, un reloj que me regaló el señor tanto tanto» —que es un tío abuelo—, «me lo regaló cuando yo le salvé la vida en la Primera Guerra Mundial. Este es un reloj que ha sobrevivido tres guerras; la Primera, la Segunda y la Guerra de los Balcanes. El reloj todavía funciona. Estoy en una edad en la que me puedo morir. Me gustaría que este reloj llegara a manos de alguien que sí tenga que

8. Pan ácimo: El pan ácimo es un pan que se hace sin levadura, su masa es una mezcla de harina de algún cereal con agua, a la que se le puede añadir sal.

ver con esa familia». Por las redes, con el apellido, mucha gente empezó a escribirme. Unos conocidos dijeron, «sí, sí hay una descendiente directa». Esto fue hace tres meses atrás, empezó a escribirme un montón de gente. Me contacté con este señor. Es mayor, entonces le cuesta utilizar la tecnología, pero hablé con él; fue un encanto. Una organización me invitó a Sarajevo para que este señor me entregue el reloj. Es como saldar la historia. Era una familia muy querida allá, con la que hay toda una deuda porque, claro, los terminaron matando, se tuvo que ir la mitad de la familia. Entonces, también un deseo de



Con Moris Albahari en junio 2022. Fotos: @mauricio mandler.

reparación. Ahora que me preguntan por los archivos espaciales, he estado en eso.

Estoy tratando de aprender el idioma rápido para saber, por lo menos, saludar bien. Tramitando el viaje que en media pandemia no fue fácil; cuando me escribieron estábamos con fronteras cerradas y luego la guerra entre Rusia y Ucrania.

Finalmente lo conocí en junio del 2022⁹, justo hace un año, y fue mágico. Muy conmovedor. Moris Albahari es una persona extraordinaria, un sabio, un héroe. Lástima que muriera tres meses después, pero ahora ese reloj da la hora en mi casa. Se está haciendo un documental de esta historia. Pronto lo visito de nuevo, ahora estoy en contacto con su hijo.»

9. La entrevista se realizó en noviembre de 2021, durante la preparación de este texto se actualizó esta información.

Además de los papeles que ha recuperado, ¿tiene en casa otros objetos que ayudan a recordar el lugar de origen?

«Hay muchos álbumes de fotografías que me ayudan a imaginar, localizar. Y hay cinco objetos, una taza, un plato, un candelabro, una tetera como un cuarteto esencial. Los miro como pequeños milagros de resistencia entre tantos viajes y destrucción.»

Es casi un milagro que estas cosas sobrevivan, que ahora las tenga cerca de usted.

«Imagínate ahora que me llegue ese reloj. Ese reloj que tiene ciento treinta años todavía funciona. Esa dimensión temporal está concentrada en la esfera de los números y el tic tac. Bueno, a toda esa familia la persiguieron, la mataron los nazis. Es algo muy simbólico, no es un reloj de oro ni nada de esas cosas, es más el símbolo. Aparte, porque el papá de ese señor le salvó la vida a este tío abuelo y generaron una amistad muy linda y se vieron hasta que pasó lo que pasó, qué sé yo.»

¿De qué forma la conectan con otra tierra, con otra historia, con algo que hay detrás?

«Son objetos que traen memoria. Porque cuando mueren las personas todo es tan inasible. Tengo buenos recuerdos de mi padre, buenos recuerdos de estos tíos, muy buenos recuerdos. De algún modo, cuando miro esos objetos, esa tetera, esa bandeja ovalada que tengo en la mesa de centro... a veces, no siempre, a veces paso mecánicamente, pero cuando me acuerdo, me trae buenos recuerdos. También simboliza una época de esplendor de ellos, no mía. La familia tuvo una época de esplendor, estaban vivos, todos juntos, vivían momentos plenos.»

Se conecta con recordar que también hubo momentos felices.

«Claro, fueron una familia tan reconocida. Por eso todos los mensajes que recibí me decían como «no puedo creer que haya una descendiente de la familia Jęftanovic», una familia tan querida, que eran benefactores y filántropos, que había universidades, que habían donado dinero para la Iglesia Ortodoxa, que eran muy generosos, como gente con dinero, pero muy comprometida y muy generosa, que no siempre sucede. Entonces a mí me llegaron todos estos mensajes, de gente de todos lados, que los recordaban y que recordaban a esos antepasados así, eso digo es la época feliz también. La felicidad que reflejan esos objetos.»

¿En su familia hay otras maneras de construir o mantener de generación en generación vivo el imaginario del lugar de origen?

«Ahora que tú lo mencionas, yo lo veo por el lado judío más claro, un modo de leer y de escribir. En un artículo sobre las raíces que me pidieron para la revista

*Nashim*¹⁰, me hicieron pensar por la identidad. Esa cosa de leer, interpretando todo el tiempo. Eso es más judío en mi caso. Siempre leer cuestionando, nunca el dogma. El judaísmo, lo que te destaca, lo que hace un buen rabino es interpretar algo distinto. Si tú copias lo que ya dijeron, o sea, tienes que saber lo que ya se dijo si eres erudito y te dedicas a eso. Pero, el trabajo de la interpretación, interpretar y que todo tiene un significado, para mí también ha sido una impronta, no tan directa porque mi abuelo no era intelectual. Yo no diría que me hayan dicho eso, pero, algo medio en entrelíneas, de la tradición, algo que supera a mi familia y quizá como yo soy del mundo de las letras, para mí fue importante y lo tomé.

Por ejemplo, saqué de una entrevista a George Steiner¹¹ del diario *El País*, donde le preguntaban –como él es judío–, ¿qué distinguía de la religión judía? [Él decía] que un judío siempre lee como subrayando, anotando al lado. Lo que tiene que hacer es comentar la escritura sagrada, tienes que comentarla, tienes que interpretarla. Me encanta la idea del «no dogma». Y también al escribir, como escribir de un modo más simbólico, como más elíptico, más abierto, menos prístino, menos realista. Menos directo. Esto me ha marcado, me da vueltas. Siempre muy metafórico, como la alegoría. Bueno, yo creo que Freud fue un escritor, aparte de psicoanalista, pero sus textos más culturales son pura interpretación de *Hamlet*, interpretación de... qué se yo, de *Edipo*, mirarlo más como alegoría. Ojalá yo tuviera el nivel de Freud. De un tipo de escritura, de lectura que me evoca ese ejercicio. Es una tradición, así se estudia cada texto, por lo menos y no soy muy religiosa, pero las veces que me ha tocado acompañar a mi hijo en los ritos, tú tienes que interpretar y te luces interpretando bien, es muy literario.»

¿Cómo interactúa el espacio de su país de acogida y el espacio del origen ancestral en la construcción de un sentido de pertenencia? ¿Cómo se relacionan la imagen de (la ruta a) Jerusalén y la imagen del retorno al país de origen ancestral?

«Yo nací en Chile y me siento absolutamente latinoamericana, solo que, como muchos latinoamericanos, tenemos estas mezclas superpuestas de otras tradiciones o vienen de pueblos originarios, toda una historia de crisoles y superposiciones. Y en mi caso, claro, de inmigrantes de Europa. Te sientes en un lugar medio liminal, un crisol de culturas, porque al mismo tiempo es muy fuerte este recuerdo, esta memoria afectiva de este otro lugar que se perdió, que, aparte, se perdió de un

10. El artículo al que refiere es: Jeftanovic, Andrea. «The Landscape of Catastrophic Loss.» *Nashim: A Journal of Jewish Women's Studies & Gender Issues* 39 (2021): 92-108. muse.jhu.edu/article/846079.

11. George Steiner (Francia, 1929-2020). Destacado intelectual y crítico cultural de ascendencia judía considerado como uno de los pensadores judíos más reconocidos del siglo XX. Su obra abarca diversas disciplinas, como la literatura, la filosofía, la lingüística y la crítica cultural. Algunos de sus libros son *Lenguaje y silencio* (1967), *Después de Babel: Aspectos de la lengua y la traducción* (1975), *En el castillo de Barba Azul: Algunas notas para la redefinición de la cultura* (1971).

modo trágico. Tengo esa cosa más afectiva. Yo creo que uno está como en un lugar fronterizo siempre, de muchas superposiciones. Creo que le ocurre a la mayoría de la población mundial. Es muy raro ser, entre comillas, «puro».

Me gusta mucho el Mediterráneo, me gusta la comida del Mediterráneo, el tipo de cultura como el buen vivir, medio gozador, la música, las fiestas, porque no todas las culturas son así. Y lo otro, que ya es algo más de adulta, que no tiene que ver con la memoria cultural, pero ocurre de lo que he viajado y vivido, puede cambiar mi noción, pero me siento emparentada con estas ciudades a escala más humana.»

¿Se mencionan específicamente los espacios en la transmisión de historias sobre el lugar de origen?

«Sí, ciudades como Sarajevo, Sofía, por el lado de mi familia búlgara sefaradí. Sarajevo, Zagreb se iban nombrando o cuando Brač. Mucha gente se fue a Brač, a la isla en Croacia en la costa dálmata. Después, digamos, barrios que cuando yo fui a Sarajevo, reconocí los nombres, porque había barrios como Baščaršija, que es la zona del mercado medio árabe. ¿Han visto una postal de Sarajevo? Es como amurallada con edificios de todos los credos.»

Y son lugares que conociste antes de conocerlos en la realidad por las historias contadas.

«Claro. Y el río Miljacka¹² que es como hablar del río Manzanares. En este caso se llamaba Miljacka que era parecido también al río Mapocho, que es el río chileno, santiaguino que es un río que cruza la ciudad, aunque el río Miljacka es mucho más bonito como son los ríos en Europa. Aquí está lleno de barro (risas). Yo pensé que estaban idealizando, exagerando y la verdad es que había similitudes que eran curiosas. Y algo muy mental, reinventar que uno está en casa, cosas comunes con casa. Muchos de estos tíos cuando les fue bien, se compraron un sitio en el campo solo porque era parecido a Sarajevo. Podían andar a caballo, evocando el pasado.

Pero hay algo particular. Cuando por fin pude viajar a Yugoslavia en 1997, Yugoslavia ya no existía. Llegué a Sarajevo buscando recorrer las direcciones familiares: un departamento en un tercer piso en una calle transitada, una fábrica artesanal de ladrillos, un hotel en el casco antiguo de la ciudad; propiedades confiscadas por el período de Tito y una ciudad arrasada tras la guerra de los Balcanes. ¡Y en cuanto llegué me recibió un *Welcome to Hell!*

12. El río Miljacka se encuentra en Bosnia y Herzegovina, atraviesa la capital, Sarajevo.

Pero también, a lo mejor, esta cuestión positiva de la distancia. Se ve desde otra perspectiva con la historia latinoamericana ¿se trata de hacer embonar una lógica, una historia, un referente cultural a otro para explicárselo?

«Sí, yo creo que uno siempre hace esos ejercicios que, aunque no sean idénticos, como referencias mutuas, o circunstancias que produzcan ecos de lo que escuchaste, de algo que heredaste, de algo que viviste. Por eso yo siempre digo que pensé mucho, con estas claves bien incompletas, aparte, cuando uno es niño más incompleto es todo. El hecho que mucha gente inmigrante de Europa, le tocara después la dictadura acá [Chile], fue como un recuerdo traumático. Fue como vivenciar un segundo recuerdo traumático. Hay familias que lo pasaron mucho peor. Mi familia no fueron personas muy de la línea izquierda tampoco eran de ultraderecha obviamente, muy poco militantes. Hay familias donde yo vi cosas trágicas. A nivel de eco, lo mío sería menos trágico, pero sí me produjo eco el tema de los militares en la calle, la censura, el miedo, la represión. Fueron tantos años. Lo mismo a los españoles con Franco. Dieciocho años de una dictadura bien fuerte que fue la de Pinochet y hubo muchos ecos con esas cosas. Me acuerdo de cosas irracionales, por ejemplo, de la expresión de miedo de mis abuelos cuando sonaban los helicópteros, pero en mi familia que, prácticamente, no nos sucedió nada. Porque yo conozco familias... hay un caso trágico, hay una familia chilena que se llama *Mi vida con Carlos*¹³ que es el caso de dos padres judíos que sobrevivieron al Holocausto y su hijo era cercano a Allende, un periodista muy conocido, muy correcto, muy joven y lo mataron, lo fusilaron y entonces después esos padres se suicidaron. Entonces el hijo de Carlos Berger cuenta esta historia que, bueno aparte de que su padre es un caso emblemático porque es de las primeras matanzas que se hicieron en el norte en Calama, cerca de la parte del cobre. Una se llama la Caravana de la muerte que fueron (Jęftanovic imita ametralladoras con las manos) así. Un fusilamiento muy específico, muy buscado. Entonces digo, claro, resistimos Auschwitz, nunca esperamos que nos iba a suceder esto. Entraron en una depresión infinita y después de quince años se suicidaron, uno después de otro, algo así.»

13. *Mi vida con Carlos* (2010) largometraje del director Germán Berger. «En 1973, el abogado y periodista Carlos Berger fue asesinado por el régimen de Pinochet. En tres días, 75 presos políticos fueron «secuestrados, torturados y ejecutados y, en muchos casos, sus cuerpos desaparecieron; como en el caso de mi padre». Germán Berger, el hijo, no ha sabido mucho de su padre, el cual murió antes de que él cumpliera un año de edad. La familia solo hablaba de Carlos como un icono político, nunca como persona, como un hermano, un esposo o un humanista. *Mi vida con Carlos* es la búsqueda personal, por parte del hijo, de la memoria de su padre asesinado, revisando y revalorando la reciente historia y el presente de Chile a través de las vidas de una familia concreta. Es la historia de un drama familiar que refleja el drama de todo un país.» (CineChile.cl).

¿Cómo se concibe y dónde podemos situar, en su mapa imaginario, “su hogar”?

«Me parece pertinente la pregunta. De hecho, me recuerda a un texto que yo siempre leo, que leí mucho para escribir mi libro, *Destinos errantes*, que se llama *En el espacio leemos el tiempo*¹⁴ de Karl Schlögel que es un geógrafo y cuando lo leí me sentí muy interpretada, en mi caso de un modo más intuitivo de un tipo de trabajo, de inquietudes que recorre, que piensa un mapa, por ejemplo. Un mapa que cambió tanto como el de Europa, continente que ustedes habitan. Cambió muchísimo desde las guerras del XIX en adelante. En mi caso era pertinente porque si yo hacía un rastreo hacia atrás, mis raíces familiares habían estado en el Imperio Austrohúngaro, después les tocó la Primera Guerra Mundial en un ‘Estado-nación’ (Jeftanovic hace las comillas con sus manos), después en otro. Justamente, su historia de desplazamiento tenía que ver con hitos históricos, con las dinámicas históricas, de las persecuciones o de la pobreza. Porque hasta la Segunda Guerra Mundial fue una guerra de conquista de territorios, de zonas, de anexar. Lo otro, que para mí sigue siendo importante, de hecho, espero que mi futuro libro vaya para allá. Esto de cómo, antes de la literatura, se puede registrar el espacio. Es complejo porque es un punto, es un mapa que ya no existe (risas).

Le sucede a mucha gente, hay muchos países que ya no existen como tales, por algo político o militar o por un desastre natural como puede ser un tsunami, un terremoto. Lo que te transmitieron esas memorias nostálgicas, uno genera una nostalgia, un recuerdo que no existe. Se evoca en tu mente solamente. Entonces es como un lugar imposible también porque ya no existe y, de hecho, fue tan dramático probarlo con este viaje en el noventa y siete donde, la verdad, es que los dos países estaban en el suelo, era impresionante. Yo no vengo de un país tan pacífico, hubo bombardeos, la imagen de *La moneda*¹⁵, esta imagen icónica de la moneda con Salvador Allende adentro, pero la Guerra de los Balcanes fue impresionante. Porque en el noventa y siete no había edificio que no estuviera agujereado, no hay imaginación posible para el tipo de agujero y de destrucción, como apocalíptico. Bueno, me imagino que es como ir a Siria ahora, lo que le puede suceder a la gente que se escapó de Siria y que sus abuelos les contaron un relato y van a llegar a Siria y eso no va a existir. Entonces fue como una memoria agujereada.»

14. Schlögel, Karl. *Im Raume lesen wir die Zeit: Über Zivilisationsgeschichte und Geopolitik*. Hanser (2003) Traducido al español como: Schlögel, Karl. *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*. Ediciones Siruela (2007).

15. El «Palacio de la Moneda» se conoce también como el «Palacio Presidencial» o «Palacio de Gobierno».

Reflexión final

Andrea Jeftanovic ha creado un archivo plural hecho de archivos familiares, heredados, personales, a través de los años, de sus viajes y de las investigaciones. Las búsquedas y las casualidades, así como el sentido de comunidad, le han permitido encontrar fragmentos de la historia refundidos. Por medio de los diálogos que se instauran entre las comunidades que se forjan en el exilio o en la migración, aparece no solo el poder de la transmisión oral sino el de la búsqueda, propia de quienes nacen en un mundo donde sus padres y abuelos han perdido su lugar, desembocando en una actitud creadora que nace como respuesta a los duelos y fragmentariedad de la narrativa de quienes han sido víctimas.

Crear en la reescritura, en la posibilidad de reinventar, sin que ese acto descarte aquello que lo precede, es una invitación a experimentar el espacio y las narraciones de las vidas que han pasado en ellos. Todos se constituyen y se cuestionan, se hacen necesarios e impulsan a la búsqueda. Esta búsqueda en algunas ocasiones revela las mejores y las peores versiones de las personas en las que pensamos, en otras, genera vínculos, ata historias y permite que un fragmento, un objeto, un reloj, vuelva a su hogar, y si no es al hogar, a quien en el momento escucha, recuerda y más adelante volverá a contar.

El hogar se piensa en movimiento, entre los viajes hacia y desde él, los viajes que se realizan lejos, su memoria, su olvido y su reinención. Contar, recordar y olvidar son un movimiento del que no siempre nos percatamos. Al pensar en un lugar de pertenencia, de identidad, un lugar con vínculos afectivos, lo pensamos desde la distancia, con algo de ficción que los separa de su realidad, pero los ata un poco más a sus narradores. Así son las historias que Jeftanovic ha recopilado y reconstruido. Es de ese modo que ella habla de su proceso y de aquello que ha escuchado. Un mundo que es todas sus historias, un mundo que no cabe en un mapa, sino en la búsqueda constante de la versión que está por venir.